

DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 14-15): ***Yo no te olvidaré.***

Salmo (61, 2-3.6-7.8-9ab): ***«Descansa solo en Dios, alma mía»***

2ª lectura (1ª Corintios 4, 1-5): ***Cada uno recibirá lo que merece.***

Evangelio (Mateo 6, 24-34): ***No podéis servir a Dios y al dinero.***

Hoy nos paramos a releer y meditar con mucha atención la primera lectura, tan breve, tan esencial, tan dramática y tan real. En dos líneas, el autor, un escritor magistral, nos ha retratado en lo que somos los seres humanos, a lo largo de toda la vida, cuando nos encontramos con las dificultades con las que está sembrada y que, igual que las minas antipersona, acechan en el camino, ocultas, y haciéndonos sentir vulnerables.

Sión, que ya no es una ciudad sino la comunidad que formamos todos, es el sujeto que nos sustituye en la imagen literaria que refleja nuestra experiencia de soledad, de fracaso, de miedo y de abandono. Todos, en tantos momentos de nuestra historia personal, sentimos el pánico ante la posibilidad de hundirnos, de no poder remontar un problema, de perdernos en ese conjunto de cosas que llamamos crisis.

La vida y la fe son exilio. La vida es experiencia de exilio, fuera y dentro, en los límites de la propia tierra y en el espacio de la propia piel; y si uno no supera esa sensación de soledad, le entra el pánico y se hunde. La fe también es experiencia de exilio. También hay sensación de soledad en muchos momentos, también aparece continuamente el interrogatorio sobre Dios tras sentir lo abrumador que resulta su silencio. Por eso debemos sentir la vocación de profetas que anuncian constantemente su vuelta a la historia, su presencia entre nosotros, su preocupación por nuestra realidad.

Desde esa convicción, las expectativas de crisis, pueden ser vistas como etapas de crecimiento y madurez. Israel nunca creció tanto como comunidad como cuando vivió el exilio; nunca reflexionó tanto sobre su fe como cuando sintió el abandono de Dios; nunca profundizó tanto en su teología como cuando la dureza de la vida le hizo pensar profunda y drásticamente sobre el Dios en el que creía.

Muchos entienden la religión como la consecuencia de sentir miedo, inseguridad y confusión que lleva a proyectar un ser bueno y justo que compensa todo eso y posee los atributos que los humanos no tenemos. Así, ese ser nos conseguirá todo lo imposible para nosotros y podremos vivir en la seguridad o en la ilusión de una esperanza positiva en que se realizará todo ese conjunto de anhelos que no encuentran satisfacción en ningún sitio y en ningún tiempo. Pero, dicen, deberíamos centrarnos en esta vida en la que abundan los problemas y las necesidades, las carencias y las ilusiones para tratar de superar lo negativo y promover los aspectos que nos parecen positivos.

Pero se da la circunstancia de que la lucha por la transformación positiva de nuestro mundo necesita alimentar constantemente las convicciones que le mantienen en la esperanza y en una tensión que invita al esfuerzo a la vez que lo hace con sentido de paz y de seguridad.

Y algunos tenemos la dicha de encontrar en la fe esa base de confianza que no podemos encontrar en nosotros mismos, porque la condición humana es experiencia de fragilidad; poca cosa, ante la inmensidad de nuestras aspiraciones y la complejidad de nuestros problemas.

En la vida hay necesidades fundamentales, como el comer, vestir, etc., que requieren una satisfacción urgente y cuya realización es problemática. Hay problemas cuya solución origina inquietud. Aspiraciones cuyo logro nos ocupa mucho tiempo. Fracasos que nos afectan mucho o poco, dependiendo de la intensidad con que se vivan. Medios que son necesarios y obtenerlos para lograr alcanzar algunos fines. Por ejemplo, el dinero es un medio de intercambio que, dado su carácter de instrumento general de intercambio, lo tenemos identificado como el medio por excelencia, de ahí la obsesión por conseguirlo para poder cambiarlo por lo que queramos.

Todo eso es verdad, pero en todo eso hay un fondo cuya presencia o ausencia marca la diferencia de actitud con la que vivimos. Dios no es un elemento más de la vida y de la historia. Dios no es un instrumento más de los que nos servimos para conseguir cosas. Dios no es, tampoco, una proyección nuestra para hacernos ilusiones. Dios es el fondo de la realidad que la sostiene, también la nuestra. Dios es el Misterio que todo lo impregna y lo trasciende invitando, llamando, a todo y a todos a crecer.

Dios es, lo sabemos por fin por Jesucristo, el Alguien personal, autor de todo, artista genial creador de todo, en lo que ha dejado huella de su existencia y presencia, que ha querido entrar en relación personal con nosotros, personas hechas a su imagen, para estar ahí, en la sombra dándonos ánimos para los muchos desalientos con que nos encontramos.

Y el creyente vive desde esa confianza, desde la convicción que le hace creer y sentir cerca la compañía de Dios, tan distinta a cualquier otra, tan decisiva en la vida, que la siente como radicalmente distinta. Por eso se le descubre como mucho más valioso que lo más reconocido como valioso, el dinero. No hay parangón. El dinero, instrumento de intercambio, sirve para conseguir algunas cosas. Dios, no es intercambiable por nada, sirve para vivir desde la confianza. Porque Él no falla.